

das mas ó menos. Aunque la posicion de Napoleon era la de un vencedor omnipotente, no por éso estaba dispensado de mostrarse hábil en política, sobre todo con Prusia, pues aprovechándose del terror que le habian causado los acontecimientos de la guerra, podia arrebatarla á la coalicion, atraerla de nuevo á Francia, y añadir á la victoria alcanzada en Austerlitz otra diplomática no menos decisiva, de suerte que estaba impaciente por ver á Mr. de Haugwitz y conferenciar con él.

Mr. de Haugwitz, que habia ido á imponer condiciones á Napoleon, bajo la hipócrita apariencia de una intervencion oficiosa, le encontraba triunfante y casi dueño de la Europa. No hay duda en que teniendo carácter, union y constancia, aun podian mantenerse firmes contra el emperador de los franceses; pero Rusia habia pasado del delirio hijo del orgullo, al abatimiento en que nos sume una derrota; aterrada Austria, estaba á los pies de su vencedor, y Prusia temblaba con solo pensar en la guerra. Y luego, todos los coligados desconfiaban unos de otros y se trataban muy poco, de suerte que Mr. de Haugwitz frecuentaba sin cesar y esclusivamente la legacion francesa, llevando la adulacion hasta ponerse todos los dias el gran cordón de la Legion de Honor (1) y hablar con admiracion de Austerlitz y el genio de Napoleon, en quien no podia pensar sin cierto temor, no sabiendo como le recibiria.

Napoleon llegó á Viena el dia 13, y aquella misma noche llamó á Mr. de Haugwitz, á quien

(1) Estos pormenores los cuenta Mr. de Talleyrand en una carta que escribió á Napoleon.

dió audiencia en Schoenbrunn en el gabinete de Maria Teresa. Aun no sabia todo lo que sucedió en Potsdam, pero sabia mas que cuando vió á aquel en Brunn la vispera de la batalla de Austerlitz, pues le habian informado de que existia un tratado que se firmó el dia 3 de noviembre, y en que Prusia se comprometia eventualmente á formar parte de la coalicion. Es verdad que era muy vivo y se enfurecia fácilmente, pero muchas veces se fingia mas enfadado de lo que realmente lo estaba, y queriendo entonces intimidar á su interlocutor, criticó amargamente á Mr. de Haugwitz porque siendo como era el ministro amigo de la paz, y teniendo como tenia á gloria ser partidario de la neutralidad, hasta el extremo de haber querido convertir aquella neutralidad en un proyecto de alianza con Francia, habia tenido la debilidad de aliarse en Potsdam, con Rusia y Austria, y contraido con dichas potencias compromisos que solo podian producir la guerra. Luego se quejó de la falacia de su gabinete, la indecision de su rey, y el imperio que las mugeres tenian en su córte, dándole á entender que libre ya como lo estaba de los enemigos que hacia poco tenia sobre las armas, era dueño de hacer con Prusia lo que quisiese. Luego le preguntó con vehemencia que es lo que deseaba el gabinete prusiano, que sistema pensaba seguir, y exigió sobre todas aquellas cuestiones esplicaciones completas, categóricas é inmediatas.

Mr. de Haugwitz se turbó en un principio, pero se repuso á poco, porque tenia tanta sangre fria como talento, y creyó adivinar en medio de todo aquel furor que lo que queria Napoleon era



un arreglo, y que si Prusia quebrantaba los compromisos que habia contraido con la coalicion, aquel vencedor, tan irritado al parecer, consentiria en aplacarse.

Mr. de Haugwitz dió, pues, esplicaciones astutas, especiosas y dulces acerca de las circunstancias que habian dominado y arrastrado á Prusia, manifestó sin ningun inconveniente quiénes eran los que habian tenido la debilidad de ceder á puras casualidades, hasta salir del verdadero sistema que convenia seguir á su pais, y acabó insinuando con bastante claridad que si Napoleon queria, todo quedaria reparado al instante, y aun que la alianza frustrada tantas veces podia ser el premio instantáneo de una reconciliacion inmediata.

Napoleon arrojó una mirada penetrante al alma de Mr. de Haugwitz, y conoció que lo que querian los prusianos era dar media vuelta, y pasarse á él. Así es que se alegró de poder añadir una malicia profunda á los golpes que ya habia dado á Europa, y se le ocurrió ofrecer al instante á Mr. de Haugwitz el proyecto que Duroc debia presentar en Berlin, es decir, la alianza formal de Prusia con Francia, con la condicion tantas veces renovada de darle el Hannover. Seguramente era pedir mucho al honor del gabinete prusiano, pues Napoleon le proponia que abandonase por dinero, digámoslo así, los compromisos que habia contraido sobre el sepulcro del Gran Federico, y que despues que en Potsdam habia hecho traicion á Francia en beneficio de la Europa, hiciese traicion en Viena á la Europa en beneficio de Francia. Napoleon dijo todo esto sin titubear y

con la vista clavada en el rostro de Mr. de Haugwitz.

El ministro prusiano no mostró sorpresa ni indignacion: al contrario se alegró al parecer de poder llevar á Viena en vez de una declaración de guerra, el Hannover, con la alianza de Francia que era su sistema predilecto; pero es preciso observar en descargo de Mr. de Haugwitz que saliendo como habia salido de Berlin en el momento que se lisonjaban de que no llegaría á Viena Napoleon, habia visto, tambien en esta suposicion, al duque de Brunswick y al mariscal Mollendorf inquietos por las consecuencias que podia traer una guerra con Francia, é insistir en que no se declarase aquella córte hasta fines de diciembre. Ahora bien, Napoleon habia conquistado á Viena y destruido en Austerlitz á todos los coligados, cuando aun no era mas que el 13 de diciembre, y Mr. de Haugwitz podia temer, que habiendo vencido Napoleon, se arroja-se repentinamente sobre Bohemia, y cayese en Berlin como un rayo. Era para él de consiguiente una fortuna que fuese á parar en conquista lo que tenia trazas de ser un desastre, y en cuanto á la fidelidad para con los coligados, los trataba como ellos se trataban entre sí. A mayor abundamiento, debemos atribuir la conducta que observó en Viena, no tanto á él como á los que, estando él ausente, habian puesto á la Prusia en un resbaladero sin salida. Así es que admitió al momento la oferta de Napoleon.

Satisfecho este al ver que acogia su idea, dijo á Mr. de Haugwitz:—Pues bien, es cosa decidida, tendreis el Hannover, pero en cambio me de-



hareis alguna porcion de territorio que necesito, y firmareis con Francia un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Por lo demas, así que lleguéis á Berlín, impondreis silencio á las camarillas, las tratareis con el desprecio que se merecen, y hareis que la política del ministerio domine á la de corte.—En esto aludia Napoleon á la reina, el príncipe Luis y los que le rodeaban. En seguida mandó á Duroc que se avocase con Mr. de Haugwitz, y estendiese inmediatamente el proyecto de tratado.

Apenas se habia hecho este arreglo, cuando encantado Napoleon con su obra, escribió á Mr. de Talleyrand diciéndole no diese nada por concluido en Brunn, y que retardase algunos dias mas las negociaciones, pues estaba seguro de que iba á acabar de una vez sus diferencias con Prusia, á cuya potencia acababa de conquistar á costa del Hannover, y ya nada le importaban ni las amenazas de los anglo-rusos contra Holanda, ni los movimientos de los archiduques por la parte de Hungría. En dicha carta añadía que queria el Tirol sin remedio alguno, y la contribucion mas que nunca, siendo preciso, por lo demas, que dejase á Brunn y se trasladase á Viena, pues las negociaciones se hacian en un punto lejos para él, y deseaba tener á los enviados en otro mas cerca, como por ejemplo Presburgo.

El día 13 de diciembre vio Napoleon á Mr. de Haugwitz, el 14 se estendió el tratado y el 15 se firmó en Schoenbrunn, siendo sus principales condiciones las siguientes.

Considerando Francia como conquista suya el Hannover, lo cedia á Prusia, y esta en cambio ce-

dia á Baviera el marquesado de Anspach, la provincia que era tan difícil no atravesar hallándose en guerra con Austria; pero ademas cedia á Francia el principado de Neufchatel, y el ducado de Cleves con la plaza de Wesel. Las dos potencias se garantizaban mutuamente todas sus posesiones, lo que queria decir que Prusia garantizaba á Francia sus actuales limites, con lo nuevamente adquirido en Italia y el nuevo arreglo hecho en Alemania, y que Francia garantizaba á Prusia su estado actual, con las adiciones de 1803, y la nueva adición del Hannover.

Este era un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, que ademas llevaba el título formal de tratado, título nunca admitido en los que se celebraron anteriormente.

Napoleon exigió Neufchatel, Cleves y sobre todo Anspach, que iba á cambiar con Baviera por el ducado de Berg, á fin de tener con que dotar á los que mejor le servian; y al paso que todo aquello era un sacrificio muy pequeño para Prusia, á él le proporcionaba medios para dar recompensas, pues como eran tan vastos sus designios, solo queria ser grande engrandeciéndolo á cuantos le rodeaban, lo mismo á sus ministros y generales que á sus parientes. Aquellas negociaciones fueron un golpe maestro, porque dejaba confundidos á los coligados, ponía el Austria á discrecion de Napoleon, y lo que valia mas que todo, aseguraba á esta la única alianza deseable y posible, la de Prusia. Empero contenía un compromiso grave, el de quitar á Inglaterra el Hannover, compromiso que podia ser algun dia muy gravoso, porque era de temer impidiese la reali-



zacion de la paz marítima, si es que llegaba tiempo en que pudiera hacerse.

Napoleon escribió al instante á Mr. de Talleyrand diciéndole que ya estaba firmado el tratado con Prusia y era preciso dejar á Brunn si los austriacos no aceptaban las condiciones que quería imponerles.

Mr. de Talleyrand, que hubiera querido que la paz se hubiese celebrado ya, y á quien sobre todo causaba repugnancia tener que maltratar á Austria, sintió en gran manera todo aquello, y en cuanto á los enviados austriacos, se quedaron aterrados así que lo supieron. Volvian de Holistch con nuevas concesiones, pero no tan estensas como las que se les pedían, cuando se enteraron de que Prusia los espenia á perder el Tirol por adquirir ella el Hannover, y á pesar del riesgo que habia en retardar las negociaciones, pues quizá exigiria todavía mas Napoleon, riesgo que tuvo empeño en hacerles ver Mr. de Talleyrand, se vieron obligados á no obrar sin ponerse antes de acuerdo con su soberano.

Citáronse, pues, para Presburgo, y se separaron en Brunn donde era peligroso permanecer, por los miasmas que se desprendian de una tierra sembrada de cadáveres, y una poblacion llena de hospitales.

Mr. de Talleyrand regresó á Viena, y encontró á Napoleon dispuesto á dar principio á la guerra si Austria no cedia; como que habia mandado al general Sougis que compusiese el material de la artilleria y lo aumentase con el que existia en el arsenal de Viena, y habia reprendido ágridamente á Fouché, ministro de la policia, porque

dejó anunciar demasiado pronto que la paz era segura.

Una circunstancia que sobrevino de pronto contribuyó á animarle mas y mas. Acababa de saber que la insensata corte de Nápoles, despues que habia estipulado (es verdad que fué consejo de Rusia), un tratado de neutralidad, se habia quitado de repente la mascarilla y tomado las armas. Así que la reina Carolina tuvo noticia de la batalla de Trafalgar, y de los compromisos que Prusia habia contraido, creyó perdido á Napoleon, y se decidió á llamar á los rusos, como así lo hizo, desembarcando en consecuencia el dia 19 una division naval en las playas de Nápoles, de diez á doce mil rusos y seis mil ingleses. La corte de Nápoles se habia comprometido á agregar cuarenta mil napolitanos al ejército anglo ruso, pues el proyecto era sublevar á Italia á espaldas de los franceses, mientras Massena se hallaba al pié de los Alpes Julianos, y Napoleon casi en las fronteras de la antigua Polonia. Aquella corte, compuesta de emigrados, se dejaba llevar al obrarasi de la debilidad natural en los que se hallan lejos de su patria, quienes creen siempre lo que desean, portándose por lo mismo con arreglo á sus deseos.

Cuando Napoleon tuvo conocimiento de aquella escandalosa violacion de la fé jurada, se enfadó al mismo tiempo que se alegró, tomando el partido de que la reina de Nápoles pagase con su reino la conducta que acababa de observar, y dejara vacante una corona, que estaria muy bien en las sienes de un miembro de la familia de Bonaparte. Nadie en Europa podria tachar de injusticia el castigo impuesto á aquella rama de la casa de



Borbon , y en cuanto á Rusia y Austria, que eran sus protectores naturales, no habia que contar con ellas para nada.

Sin embargo , los plenipotenciarios austriacos procuraron en Brunn que se insertase en el tratado de paz algun artículo que dejase á cubierto á la córte de Nápoles , cuyo secreto poseian ; pero asi que se informó Napoleon de lo que pasaba, mandó terminantemente á Mr. de Talleyrand que no diese oídos á nada de lo que le propusiesen acerca de esto.—Seria una cobardía , dijo, sufrir los ultrages de esa miserable córte de Nápoles. Ya sabeis lo generoso que he sido para con ella; pero ya no hay remedio , la reina Carolina dejará de reinar en Italia. Suceda lo que suceda, no habléis de ella en el tratado, porque tal es mi voluntad.

Como los enviados esperaban á Mr. de Talleyrand en Presburgo, se trasladó á esta poblacion, prosiguiéndose las negociaciones en los puestos avanzados , pues los archiduques se habian acercado á Presburgo , y se hallaban á dos jornadas de Viena. Tambien Napoleon reunió allí la mayor parte de sus tropas, haciendo que Massena llegase por el camino de Styria, de suerte que habia alrededor de la capital de Austria cerca de doscientos mil franceses. Napoleon, sumamente animado estaba decidido á proseguir las hostilidades; pero de parte de la córte de Viena hubiera sido una locura harto grande prestarse á ello, sobre todo despues que Prusia habia faltado á sus compromisos, y en el estado de abatimiento en que se hallaba el gabinete ruso. Asi es que por muy grandes que fuesen los sacrificios que se le exigieran, estaba

dispuesto el gabinete austriaco, aunque en un principio fingió querer rechazarlos, á resignarse á ellos.

Convínose, pues, en que Austria abandonaria el Estado de Venecia, con las provincias de tierra firme, tales como el Frioul, la Istria, y la Dalmacia, con lo cual pasaban á poder de Francia, Trieste y las bocas del Cattaro, debiéndose agregar al reino de Italia todo aquel territorio. La separacion de las dos coronas de Francia é Italia se estipuló de nuevo, pero con una espresion vaga que daba facultades para retardar dicha separacion hasta la paz general, ó hasta que muriese Napoleon.

Baviera conseguia el Tirol, objeto eternamente de sus deseos, y no solo el Tirol aleman sino el italiano, y en cambio recibia Austria los principados de Salzburgo y Berchtolsgaden, que en 1803 se dieron al archiduque Fernando, gran duque que fué de Toscana, y Baviera cedia al archiduque por via de indemnizacion el principado eclesiástico de Wurtzburgo, que tambien recibió en 1803 de resultados de las secularizaciones.

De este modo quedaba mejor trazado el territorio de Austria, pero perdiendo el Tirol podia absolutamente el influjo que tenia sobre Suiza é Italia, y trasladado el archiduque Fernando á la mitad de Franconia, dejaba de estar bajo su influencia inmediata, no siendo como no era el estado que se concedia á dicho príncipe, puramente anejo á la monarquia austriaca.

A esta indemnizacion, sacada del pais de Salzburgo, se añadia en favor de Austria la secularizacion de los bienes de la órden teutónica, y su conversion en propiedad hereditaria, pudiendo



recaer en el archiduque que designase. La importancia de aquellos bienes consistia en una poblacion de ciento veinte mil habitantes, y en ciento cincuenta mil florines de renta.

Al archiduque Fernando se le conservaba el título de elector, con voz y voto en el colegio de electores, transfiriéndosele del principado de Salzburgo al de Wurtzburgo.

Austria reconocia la soberanía de los electores de Wurtemberg y Baviera, y consentia en que las prerogativas de los soberanos de Baden, Wurtemberg y Baviera acerca de la nobleza inmediata de sus estados, fuesen las mismas que el emperador tenia sobre la nobleza inmediata de los suyos. Es decir que quedaba suprimida la mencionada nobleza en los tres estados en cuestion, pues como el emperador tenia sobre ella poder omnimodo, tambien iban á tenerlo nuestros tres aliados.

Por último, la chancillería imperial renunciaba á cualquier derecho de origen feudal que pudiese tener acerca de los tres estados favorecidos por Francia; pero no obstante se conservaba formalmente la aprobacion de la Dieta.

De este modo causaba Francia una revolucion social en una parte notable de Alemania, porque centralizaba allí el poder en beneficio del soberano territorial, y hacia que cesara toda dependencia feudal exterior. Además continuaba el sistema de secularizacion, pues con la órden teutónica desaparecia uno de los dos últimos principados que quedaban, siguiendo únicamente el del príncipe archicanciller, elector eclesiástico de Ratisbona; y conforme á lo que habia sucedido anteriormente

se hacia dicha secularizacion en beneficio de una de las principales córtes de Alemania.

Escluida Austria definitivamente de Italia, despojada con la pérdida del Tirol de las posiciones dominantes que tenia en los Alpes, arrojada detrás del Inn, y privada de todo puesto avanzado en Suabia, así como de los lazos feudales con que tenia sujetos á los estados de la Alemania meridional, sufría inmensas pérdidas tanto materiales como políticas, pues mas arriba hemos dicho que perdía cuatro millones de súbditos de veinte y cuatro que tenia, y 15.000.000 de florines de renta de 103 que reunia.

El tratado estaba bien concebido por lo que hace al reposo de Italia y Alemania, pudiendo hacérsele una objecion tan solo, y es que no podia someterse sinceramente un vencido tan maltratado, tocando á Napoleon, por medio de una gran prudencia, y alianzas bien arregladas, quitar á Austria no solo los medios, sino aun la esperanza de sublevarse contra lo dispuesto por la victoria.

Al tiempo de firmar aquel tratado, vacilaba la mano de los plenipotenciarios, quienes disputaban acerca de dos puntos, la contribucion, de guerra de 100.000.000 y Nápoles; pero Napoleon redujo á 50.000.000 la contribucion, teniendo en cuenta las cantidades que ya habia sacado de las arcas reales de Austria, no queriendo que se hablase una palabra de Nápoles.

Para vencer su obstinacion, dieron un paso sumamente político, que fué enviarle el archiduque Carlos, príncipe cuyo carácter y talentos tenia en estima, y á quien nunca habia visto. Pi-



diéronle, pues, que lo recibiese en Viena, y él consintió en ello con mucho gusto, aunque decidido á no ceder un ápice. En cuanto á los plenipotenciarios, estaban persuadidos de que aquel príncipe, que era uno de los principales generales de la Europa, espondría á Napoleon los recursos que todavía conservaba la monarquía austriaca; le manifestaría que el ejército estaba pronto á inmolarse para rechazar un tratado humillante, y uniría á aquellas nobles protestas astutas instancias, con lo cual lograría tal vez ablandar á Napoleon. Así es, que como Mr. de Talleyrand insistiese en que firmaran de una vez, contestaron los plenipotenciarios que los acusarian de que habian entregado su país, si ponian su firma en el tratado antes de que el archiduque hubiese tenido la entrevista con Napoleon.

Sin embargo, Mr. de Talleyrand cargó con la responsabilidad de rebajar 40.000,000 á la contribucion de guerra, y el 26 de diciembre firmaron el tratado de Presburgo, uno de los mas gloriosos que celebró Napoleon, y el mejor concebido ciertamente, porque si despues obtuvo Francia gran porcion de territorio, fué á costa de arreglos no tan aceptos como aquel á los ojos de Europa, y menos durables por lo tanto. Los plenipotenciarios austriacos se limitaron á recomendar á la generosidad del vencedor en una carta que firmaron todos, la casa reinante de Nápoles, y el archiduque vió á Napoleon el día 27 en uno de los sitios reales del emperador, siendo acogido por este con los miramientos que tenia derecho á exigir por el rango que ocupaba y la aureola de gloria de que se hallaba circundado. Napoleon habló con él de

la ciencia militar, cosa natural entre dos capitanes de tanto mérito, y se retiró en seguida, sin decir una palabra acerca de los negocios que se ventilaban entre ambos imperios.

Napoleon lo dispuso todo para dejar al instante á Austria mandando embarcar en el Danubio las dos mil piezas de artillería y los diez mil fusiles cogidos en el arsenal de Viena, y dirigiendo ciento cincuenta piezas á Palma-Nova, con el fin de armar aquella importante plaza, que dominaba los estados venecianos de tierra firme. En seguida arregló la retirada de sus soldados de modo que la hiciesen á jornadas cortas, pues no quería volviesen á Francia como de ella habian salido, esto es, á carrera, y mandó que en el camino se tomasen todas las disposiciones necesarias para que nada faltara; repartiendo 2.000,000 por via de gratificacion entre los oficiales, á fin de que pudieran disfrutar inmediatamente de los beneficios de la victoria. Berthier fué el encargado en cuidar de la vuelta á Francia del ejército, el cual debia salir de Viena en el espacio de cinco dias y haber pasado el Inn á los veinte, estipulándose que la plaza de Braunau permaneceria en manos de los franceses hasta que Austria pagase completamente la contribucion de 40.000,000.

Hecho esto, partió Napoleon para Munich, donde fué recibido con transportes de alegria, pues los bávaros, que debian hacerle traicion algun dia así que le viesen derrotado, y ponerle en precision de tener que abrirse paso con las armas por Haunau, aplaudian estraordinariamente y seguian con gran curiosidad al conquistador que les habia librado de la invasion, constituido en reino, y en-



riquecido con los despojos arrebatados á Austria. Napoleon asistió al casamiento de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta, presenció la dicha de un hijo á quien queria en extremo, vió la admiracion que mostraban los pueblos, oyó las lisonjas de la electora de Baviera, enemiga suya, y salió para París, donde le esperaba Francia llena de entusiasmo.

Una campaña de tres meses, en vez de una guerra de muchos años, como se temió en un principio, el continente desarmado, el imperio francés ensanchado hasta un punto de donde nunca debió pasar, una gloria deslumbradora añadida á la que ya habian conquistado nuestras armas, el crédito público y privado restablecido como por milagro, y una nueva perspectiva de reposo y prosperidad abierta á la nacion, bajo un gobierno poderoso y respetado por el mundo entero, todo esto tenia que agradecerle Francia, y deseaba demostrarle su gratitud con mil gritos de *viva el emperador!* Así es que oyó Napoleon estos gritos hasta en Strasburgo al tiempo de pasar el Rhin, y los fué oyendo hasta París, donde entró el 26 de enero de 1806, como cuando regresaba de Marengo.

Efectivamente, Austerlitz era para el Imperio lo que fué Marengo para el Consulado, pues si uno afirmó el poder consular en manos de Napoleon, otro aseguraba en sus sienes la corona imperial; si Marengo hizo que Francia pasase en un dia de una situacion incierta á otra tranquila y grande, Austerlitz producía no menos resultados, destruyendo en un dia una coalicion formidable. Respecto á los hombres reflexivos y pacíficos, si

en vista de semejantes sucesos habia algun motivo para abrigar temores, lo único que podían temer era la inconstancia de la fortuna, y mas que nada la debilidad del espíritu humano, el cual sufre algunas veces las desgracias sin decaer, pero rara vez la prosperidad sin cometer errores de bulto.